

general Harispe, se apostó en Petrés y Gilet, sobre el camino de Segorbe, completando así la embestida de la plaza hacia el poniente. Las reservas ocuparon el camino real, á espaldas de Murviedro, y el lugar de Almenara. Al día siguiente, nuestras tropas de reconocimiento se adelantaron hasta Alvalate, á legua y media de Valencia, sin encontrar al enemigo: con este motivo supimos que su ejército había pasado el Guadalaviar.

El partido que en esta ocasión había tomado Blake, era tan prudente como bien calculado: porque bien que superior en número á nosotros, le convenia mucho más el atraernos hacia sus posiciones, y aprovechar así todas sus ventajas para combatirnos. A la derecha del Guadalaviar, el general español ocupaba un inmenso campo atrincherado, que se apoyaba de un lado al mar, y que abrazaba en su extensión una gran capital, fortificada, de una población numerosa, y en que abundaban los recursos de toda especie. Tenia á su espalda, como reserva, el ejército de Murcia, y podía poner en línea, además de las tropas vanlecianas, las dos divisiones expedicionarias de Zayas y de Lardizabal, llenas de orgullo aun por haber combatido en Albuera al lado de los Ingleses. El mando de su caballería estaba dividido entre los generales Loy, Caro y San-Juan. Las dos di-

visiones de Villacampa y de Obispo, que habían venido por su orden desde las fronteras de la Castilla y del Aragon, formaban su izquierda y seguían batiendo la campaña. El total, pues, de las fuerzas de Blake podía ascender á veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos. El mariscal Suchet no pudo pensar en atacar á Blake en una posición de esta naturaleza; porque dejar á su espalda el fuerte de Sagunto con tres mil y quinientos hombres de guarnición, para ir á combatir algunas leguas más adelante, hubiera sido una temeridad, sin probabilidad alguna de suceso. Nuestra línea de operaciones, desde Tortosa á Valencia, tenía cerca de treinta leguas de extensión, y en toda ella no teníamos un solo punto de apoyo en que poder poner á cubierto nuestros heridos; aun esta línea se veía dominada por tres plazas intermediarias que ocupaba el enemigo. El primero y único cuidado, pues, era el de asegurar esta línea, y por lo pronto el de apoderarnos de Sagunto.

VII. El ataque de este fuerte ofrecia algunas dificultades, que parecían insuperables é invencibles según los medios ordinarios del arte. Cuando le hubimos de visitar en 1810, guiónos solo la curiosidad de conocer un sitio tan famoso en la historia antigua, y cubierto aun de preciosísimos restos de una edad tan remota. Habíamos

admirado, sí, la posición, bajo un punto de vista militar; pero estábamos bien lejos de pensar, que una segunda vez nos habíamos de ver forzados á combatir, antes de ocuparle. Los Españoles, pues, pensaron en restablecerle y fortificarle, y no perdonaron á medio ni diligencia alguna para hacerle verdaderamente formidable. Hasta sacrificaron, despues de largas discusiones y por órden de la Junta Superior, un teatro antiguo de Romanos, respetado con grande estudio hasta entonces y mantenido en un estado de conservacion tal, que los extranjeros que le visitaban no podian menos de celebrar y admirar. Algunas partes, pues, de un tan bello monumento habian sido demolidas, consultando solo el interes de la mejor defensa del fuerte. Otras ruinas antiguas y sobre todo muchas viejas murallas, del tiempo de la dominacion de los Moros, habian sido en parte restablecidas, y unidas entre sí por medio de construcciones modernas apropiadas al terreno.

El recinto que abrazaba la totalidad superior de la montaña, se divide interiormente en cuatro partes distintas, susceptibles de poderse defender la una despues de la otra. El peñasco de mucha elevacion, y acantillado en casi todo su contorno, no presentaba costado alguno de una inclinacion medianamente accesible, sino por la parte de poniente. Los resaltos que interrumpian

y cortaban esta rampa natural, podian en alguna manera favorecer los ataques de la infantería; pero los trabajos relativos al sitio y la construccion de las baterías eran tanto mas difíciles, cuanto á que la superficie de aquel suelo se hallaba deprovista de tierra. El fuerte se terminaba allí en punta, con una gruesa torre redonda, de la mas alta antigüedad, dicha antes la Torre de San Pedro, y bautizada no hacia mucho tiempo con el nombre de batería DEL DOS DE MAYO*. Parecia cosa en extremo difícil el poder abrir por esta parte una brecha harto ancha, para que se montase por ella al asalto. Además, que toda esta parte, aunque ligada y encadenada con el resto del recinto, no era realmente otra cosa que una obra avanzada, á espaldas de la cual se veia aun el reducto de San Fernando sobre lo mas elevado de la cumbre, y en él era en donde los Españoles habian izado su bandera nacional. Aun despues que nos hubiésemos apoderado de la obra avanzada, no podiamos atacarle aquel, sino avanzando y marchando sobre la cresta de la roca viva y pelada, á fin de que los minadores pudiesen abrir la ga-

* Los habitantes de Madrid se sublevaron contra el príncipe Murat y el ejército frances, el 2 de Mayo 1808: el recuerdo de la sangre que hubo de correr este día era uno de los medios de que se servian los gefes de la insurreccion española para entretener el ardor de los soldados y del pueblo.

lería en su revestimiento; pero sin poder de manera alguna contrabatar su artillería.

La dificultad natural que presentaba el sitio de esta fortaleza, y el retardo á que podia dar lugar la ocupacion final de Sagunto, fueron para el mariscal Suchet una contrariedad de alta importancia. El general Rogniat habia marchado á Francia, despues de la toma de Tarragona, y bien que se le esperase de un momento á otro, todavia su regreso debia ser anterior al momento en que íbamos ya á abrir la trinchera. El oficial que mandaba interinamente el cuerpo de ingenieros, se esmeraba todos los dias en estudiar el fuerte, y en reconocer el terreno mas adecuado para los trabajos en todos los alrededores. Un tan atento exámen inclinó á creer, que podriamos tal vez triunfar de todas estas dificultades por un golpe de mano ó sorpresa. En la parte de muralla que miraba á la villa de Murviedro, notábamos y veíamos á lo lejos dos brechas, que no habian sido completamente reparadas. Habíase suplido dicho defecto con algunos parapetos de tablones que distinguíamos harto claro durante el dia, y al abrigo de los cuales construia otros la guarnicion detras de aquellos y de mamposteria, durante la noche. Las dos brechas estaban bastante próximas la una de otra, de modo que se podia comunicar exteriormente y con facilidad del uno al otro punto.

Como unas sesenta toesas mas abajo, y como al medio de la cuesta, se veía una gran cisterna detras de la cual, como si fuera una plaza de armas, podrian formarse las columnas y dirigíselas hácia los sitios por donde se debia realizar la escalada. El mariscal mismo pasó en persona á los puestos mas avanzados de la villa, á fin de juzgar por sí sobre la posibilidad de una sorpresa en dicho punto; verificado el reconocimiento, adoptó el proyecto, y dió las órdenes necesarias para la ejecucion. Y bien que el acontecimiento no hubiese justificado dicha tentativa, tampoco tiene el menor empacho en confesar de llano un reves, haciendo conocer al mismo tiempo los motivos que tuvo para obrar asi. Una temeridad de esta naturaleza le habia salido bien en el Col de Balaguer; mas á pesar de esto, estaba muy lejos de pensar en obrar sin la prudencia debida y contra las reglas. En toda ocasion se habia complacido en consultar y oír el parecer de los oficiales de ingenieros, que son, en la guerra, como los defensores natos de las reglas. En el caso presente, era el gefe mismo de esta arma el que le hacia entrever la esperanza fundada de poder tomar Sagunto, sin necesidad de sitio. El inconveniente de una sorpresa malograda no le parecia deber balancear la inmensa ventaja de ganar un tiempo precioso en su posicion, y de evitar un sitio peli-

groso, á cuatro leguas de un ejército de socorro, reunido ya y pronto á obrar, y mas numeroso que el nuestro.

VIII. Dos columnas de trescientos hombres de preferencia cada una, y sostenidas por otra tercera de igual fuerza, pertrechadas con escalas y guiadas por algunos zapadores, recibieron la órden de dirigirse hácia el pie de ambas brechas para escalarlas. Seis compañías italianas, apoyadas por un batallon, debian aproximarse á la muralla, al pie de la torre de San Pedro, á fin de llamar la atencion del enemigo con simulacros de ataques. Dispúsose una reserva de dos mil hombres, prontos á marchar hácia donde la necesidad lo exigiese. Dióse al general Habert el encargo de dirigir el movimiento de las tropas en Murviedro, y se fijó el momento del ataque á las tres de la mañana del 28 de setiembre. El general en gefe se trasportó al campamento del general Harispe, quien pasó toda la noche alerta, como tambien la division Palombini, mientras que algunas partidas de reconocimiento se adelantaban hácia lo largo del camino de Valencia y del de Segorbe, á fin de saber con tiempo lo que podria intentar por la parte exterior el enemigo.

Un incidente bien casual é imprevisto rompió y desbarató todas las medidas que se habian tomado con motivo de la escalada, cuyo buen

éxito dependia exclusivamente del modo con que se habia de burlar la vigilancia de la guarnicion. Durante la noche, una salida del fuerte penetró hasta nuestros primeros puestos avanzados en la villa, sea que el enemigo recelase algun movimiento, ó fuese ya un puro acaso: el enemigo fue rechazado, y todo hubo de quedar tranquilo momentáneamente. Pero la alarma estaba dada en parte ya, y nuestros propios soldados, que despues del sitio de Tarragona miraban como una fiesta el montar á un asalto, apenas podian contener su impaciencia. Dirigiéronse, pues, con grande ardor y muy silenciosos hácia la consabida cisterna, y allí, antes de la hora que habiamos fijado para el asalto, hubo de verse y oirse á algunos Españoles, y aun hubo de partir un fusilazo de parte nuestra. Esta imprudencia nos fue doblemente funesta; los Españoles, advertidos, nos contestaron de lo alto de sus murallas, mientras que nuestras tropas, al oir el fuego, se lanzaron hácia adelante, sin que nos fuese posible y sin tener tiempo de retenerlas. Y para que la sorpresa pudiese haberse verificado, habria sido preciso que los soldados llegasen hasta el pie de las brechas con sus escalas, sin que el enemigo lo advirtiese. En muy poco estuvo, sin embargo, que su arrojo é intrepidez no reparasen la falta que su imprudencia habia cometido. Aplicaron

las escalas , y se lanzaron por ellas como á porfia : un oficial de zapadores y algunos granaderos y volteadores llegaron hasta la cumbre ; pero encontraron allí la mas obstinada resistencia , y ó murieron , ó se les precipitó escalas abajo , mientras que llovian las balas y las granadas de vidrio sobre la columna agrupada al pie , y cuyos individuos se estrechaban y empujaban unos á otros por montar.

Las otras columnas se pusieron tambien en movimiento por diferentes lados , cuando oyeron el fuego. El gobernador español hubo de temer por un momento que podia llegar á ser forzado el castillo por otro lado diferente del de la escalada , de resultas del ataque de los Italianos. Destacó refuerzos contra este punto , y en un momento vimos coronarse las murallas del norte y del poniente de Españoles , gritando desafiados , en medio de un vivo fuego de mosquetería de una y otra parte. El valiente coronel Gudín quiere aprovechar esta circunstancia y momento para repetir y renovar la escalada con los granaderos del 16 y del 117, y es herido de una granada en la cabeza ; otro y otros oficiales le reemplazan , y sufren igual suerte ; en fin , hácennos piezas las escalas , y los Españoles quedan vencedores sobre sus brechas. Nuestros valientes soldados no podian decidirse á abandonar el pie de la muralla enemiga , ni á bajar

y regresar hácia la villa , malgrado los esfuerzos de los oficiales y la órden positiva del gefe. Y entretanto el dia venia adelantándose ya , y los mortíferos fuegos del castillo nos habian ocasionado ya una pérdida , que era ya una necesidad el terminar cuanto antes. El general Habert hubo de verse apuradísimo para hacer retirar y reentrar toda su gente. Entre muertos y heridos , nuestra pérdida ascendió á trescientos hombres , y entre ellos muchos oficiales ; en una palabra , se malogró y desgració completamente nuestra empresa.

Nos vimos , pues , forzados á pensar y á ocuparnos en los preparativos de un sitio regular , con respecto al cual podia bien decirse que no habia habido tiempo alguno perdido , puesto que el tren de batir no habia llegado aun. Y mientras se le esperaba , se estrechó aun mas y mas el bloqueo de Sagunto , y se estableció el cuartel general en Petrés. Reconociéronse aun mas estudiosa y minuciosamente las cercanías del fuerte , por la parte de poniente , la sola accesible á la artillería y por la cual pudiese emprenderse y seguirse el ataque. El coronel Henri dirigia los trabajos del cuerpo de ingenieros con una infatigable actividad , y por primer trabajo preliminar , trazó y mandó abrir un camino ó especie de rampa , desde el borde mismo del rio hasta la altura llana ó meseta en que se creyó

posible el establecer las baterías de brecha, contra el ángulo saliente de la obra avanzada. Mas para ponerle á cubierto é impedir que se le enfilase desde la torre, y en razon no menos del escarpado declivio de la montaña, dicho camino destinado al acarreo de las piezas de un tan grueso calibre, hubo de abrazar una considerable extension y hacer muchos rodeos, lo que aumentó infinito las dificultades de su construccion en un tan largo espacio, sembrado de rocas por dó quier y casi sin tierra alguna. Y mientras que se llevaba á cabo dicho trabajo, el mariscal resolvió el apoderarse de Oropesa y desembarazar ademas su flanco derecho, por el cual el enemigo se aproximaba sobrado.

IX. El general Obispo se habia apostado en Segorbe, mientras que los generales Carlos O-Donell, Villacampa y San Juan ocupaban Benaguasil y Bétera, la llanada de Liria y las montañas de la Cartuja de Porta-Coeli. La brigada Balathier, de la division italiana, recibió la orden de marchar contra la division Obispo, el 3o de setiembre, apoyándola el general Robert con su reserva. El mariscal Suchet habia destacado su ayudante de campo de Rigny con la vanguardia, compuesta de los dragones Napoleon que mandaba el coronel Schiazzetti, oficial distinguido y brillante: dicha vanguardia alcanzó al enemigo la primera cerca de Segorbe, y le

acosó vivamente hasta bien cerca de la posicion, por delante de dicha ciudad, en que todo el demas cuerpo de batalla se encontraba apostado á derecha é izquierda del camino real, y ocupando ademas las alturas vecinas. Nuestra infantería llegó poco despues que la caballería, y el general Palombini, encargado de la ejecucion, hizo adelantar directamente en columnas de ataque el 2º ligero y el 6º de línea, italianos, mientras que dirigia los batallones franceses sobre el flanco del enemigo: no resistió este largo tiempo, si que principió al momento su retirada, que la persecucion de la caballería cambió muy presto en una verdadera derrota. Aun, mas allá de Segorbe, se dispersó por aquellas montañas, dejando en nuestro poder algunos prisioneros y en el campo un gran número de muertos y heridos.

Terminada apenas esta operacion, el mariscal hizo reentrar la division Palombini en los campamentos delante de Sagunto, y se puso él mismo en movimiento, en la noche del 1º de octubre, con el objeto de atacar los cuerpos enemigos que cubrian Liria, y que apoyaban la sobrada arriesgada posicion de Obispo en Segorbe. El general Harispe se adelantó hácia Bétera, á la cabeza de su division, seguida de la reserva del general Robert y de la caballería á las órdenes del general Boussard. El grueso de la infan-

tería española, á las órdenes de O-Donell, estaba formada en batalla en la Puebla de Benaguasil, Huerta ya de Valencia, detras de una ancha acequia de riego; el enemigo ocupaba por delante de su frente una capillita, y se veía apoyado á derecha é izquierda por muchos escuadrones de caballería: á su espalda se veia un terreno cortado y cubierto, harto propio para una retirada. El mariscal hizo desplegar en línea los coraceros, la reserva y una parte de la division Harispe. El general Paris, á la cabeza del 7 de línea, en columnas, se apoderó de la capilla y se dirigió y adelantó hácia la acequia, que fue preciso atravesar bajo el fuego de una línea de batalla, á medio tiro. Los volteadores y los húsares se precipitaron los primeros, con el general Harispe á su frente: el mayor Durand mandaba y conducia el valiente 7º de línea: al general Paris le mataron el caballo. Pero pasado el primer fuego, que nos hirió mucha gente, nuestras tropas atravesaron la grande acequia, y abandonando el enemigo su posicion, principió á retirarse en dos direcciones diferentes. Las brigadas Paris y Chlopiski, y el general Boussard, al frente de los húsares y de los coraceros, fueron picándole la retaguardia hasta el Guadalaviar, que atravesó en gran desorden. A la orilla derecha ya del rio, con motivo de nuestra persecucion, el enemigo volvió á entrar en su línea de

operaciones, y despues de haber sufrido en los dos combates de Segorbe y de Benaguasil una pérdida de cuatrocientos infantes y doscientos caballos.

X. Habíase expedido á Tortosa la orden de hacer partir el tren de batir hácia Murviedro, inmediatamente despues de la poco feliz escalada del 28 de setiembre. Al punto se pusieron en movimiento los convoyes de artillería; pero se decidió que las primeras piezas que llegarían frente de Oropesa, harian alto allí momentáneamente, á fin de batir las murallas de dicho castillo antes de llegar á vista de Sagunto. Dióse al general Compère la comision y orden de dirigirse á dicho punto, quien hizo acampar sus tropas cerca de Oropesa y se ocupó al momento de los preparativos de dicho sitio. El mariscal quiso proporcionar á la division napolitana la ocasion de grangearse y de obtener este trofeo: dicha division, reducida entonces al escaso número de mil y cuatrocientos hombres, y entre ellos ciento y cincuenta de caballería, estaba en el caso de prestar bien útiles servicios, ya por la emulacion que le inspiraban los demas cuerpos, como por el zelo y desvelos de su general Compère. Con los Napolitanos marchaba tambien una brigada del cuerpo de ingenieros franceses. Al dia siguiente y los demas consecutivos, nuestra tropa se apoderó á la fuerza del lugar, y

se atrincheró en él; nos establecimos tambien de manera á poder cortar á la guarnicion toda retirada hácia la Torre del Rey. Dicha torre, situada á la distancia de cuatrocientas toesas, estaba edificada sobre una roca á orillas del mar, y armada y ocupada por algunos hombres; en caso necesario podia servir á proteger un embarque. Con respecto al castillejo ó fuerte, situado cerca del camino real que estuviera destinado á dominar, constaba de una gruesa torre cuadrada, rodeada por tres de sus costados por un recinto, flanqueado y defendido con torrecillas, sin foso, en razon del áspero y difícil escarpe de la montaña. Por el lado del sud, se veía á descubierto el pie de la torre; la puerta de entrada y la rampa que conducía á aquella estaba á cuatro pasos de las primeras casas del lugar. Creyóse que se podria abrir brecha en seguida en el reducto mismo; pero nos encontramos sobrado cerca para haber de emprender los trabajos en regla, y tratamos de buscar por otra parte una localidad oportuna. El gefe de batallon de ingenieros Michaud, y el gefe de batallon de artillería Charrue abrieron una trinchera, y construyeron una batería sobre el camino real, á cien toesas poco mas ó menos de la parte norte del recinto del fuerte. Una compañía de artilleros italianos vino á reunirse con los zapadores franceses, y el 8 de octubre, lle-

garon al campo procedentes de Tortosa tres cañones de 24 y un obus de diez pulgadas. La batería se perfeccionó y artilló durante el dia 9, y en la noche del 9 al 10, llegó el mariscal al sitio, seguido de un batallon del Vístula.

Por orden del mariscal, rompióse el fuego, el 10, al amanecer, y la artillería del fuerte no tardó en verse forzada á callar: á las tres de la tarde estaba ya la brecha practicable en el primer recinto. El general Ferrier dispuso al momento cuatro compañías de preferencia, napolitanas, para montar al asalto, con el objeto de apoderarse de un primer cuerpo de guardia. Iba ya á darse aquel; pero el enemigo juzgó no debía esperarle, é izó bandera blanca. Entramos, pues, en el fuerte, en el cual encontramos doscientos quince hombres, con cuatro piezas de artillería y algunas provisiones. La Torre del Rey se negó á capitular, con cuyo motivo se abrió la trinchera contra ella y nos disponiamos ya á hacer venir algunas piezas para batirla. Pero, el 10, se dejaron ver algunos barcos, procedentes de Valencia, con la intencion de salvar y de llevarse la guarnicion encerrada alli, lo que no nos fue posible impedir, á pesar de los esfuerzos de la artillería ligera italiana y de los granaderos y volteadores del Vístula, que se adelantaron hasta la playa misma para oponerse al embarque. Encontramos en la torre dos piezas. Nuestra pér-